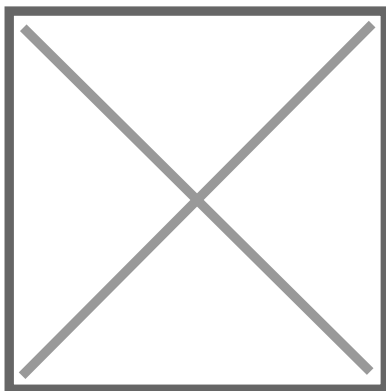




Sobre las "Antimemoires" de André Malraux

Por PIERRE VOLBOUDT



ANDRÉ MALRAUX

Libro fuera de serie por la calidad de su autor, por el brío, la densidad cruda por los impulsos líricos de un relato en el que todos los temas de una ideología apasionada se entrecruzan y funden. Sobre un vasto escenario, que va de un continente a otro, superponiendo los siglos y los tiempos, Malraux dialoga con sus recuerdos. "Tal vez, dice, sólo he retenido de mi vida estas imágenes". Al azar de la memoria, enlazados por esta especie de pantalla interior tendida entre el mundo y él, ciertos momentos esenciales, episodios de acción violenta, intermedios de pensamiento, se proyectan y componen el dibujo secreto y cambiante, contradictorio, del "enigma fundamental", objeto de una cacería espiritual. Sólo el primer tomo de las "Antimemoires" (I) debe aparecer en vida del autor. Los siguientes, póstumos, no serán más que un testimonio de ultratumba, a la manera de los de Chateaubriand, del que Malraux toma en préstamo el romanticismo fúnebre para envolver sus actitudes de rebeldía y de meditación.

El título sorprende e intriga: ¿Por qué "Antimemoires"? Sin duda Malraux, testigo y actor a la vez de los acontecimientos de lo que ha visto, lo que ha vivido, narra los hechos, relata sus reflexiones ante la historia que nace, sus encuentros con quienes la hacen y la encarnan. Pero la historia está vista por él a través de los reflejos fragmentados de un caleidoscopio personal, reconstituida según el gran designio anónimo que algunos ejecutantes ilustres realizan en nombre de esta "condición humana" cuya conciencia le parece al memorialista lo único trascendente que dirige el "eterno camino del hombre". En esta incoherente, falaz continuidad, lo que Malraux llama el Destino está vigente.

Para él, ese Destino no es el poder sin rostro que el hombre cree ver y que lo ignora. Hecho Destino tiene un nombre, nombres, una existencia temporal; es el dueño de las multitudes a cuya suerte el hombre está unido por personas interpuestas. Aproximarse a él bajo esta apariencia es sentir su cercanía efectiva, clarar con ella, contra ella, tomar parte en su acción inagotable.

Malraux se lanzó a la acción porque el acto mismo — el del revolucionario, del combatiente, del guerrillero, del aventurero, del descubridor de paisajes escondidos en las junglas o en la arena, bajo el polvo de los muros — modela un pensamiento a semejanza del hombre. Su vida es la participación en una aventura colectiva. "¿Qué me importa, escribe, lo que me importa sólo a mí?" Las altas figuras que ha frecuentado, esas efímeras simplificaciones, cuando ya por la historia en su leyenda, sobrepasan, por tanto, la condición humana. Ese pueblo de enigmas petrificados, esos dioses de la antigüedad o de la prehistoria, esos conductores de pueblos, fascinan a Malraux. Esfinges de múltiples caras, divinidades sin nombre, rostros corrotos por el tiempo, máscaras pesadas o ruicónicas, impasibles, sonríen, de los hombres de estío. Malraux aspira a captar, bajo los rasgos vivientes, los medios y el origen de su grandeza, sus móviles ocultos; descubrir en el ídolo la trascendencia del Ser, su presencia irrefragable y fúnebre, en todos, su mirada de eternidad.

Los interiores, y sus preguntas están hechas a su imagen. Sin esta imagen. El hombre deduce de ahí sus ideas, sus sistemas, su estética que es también una estética de acción. Como hechas o escritas son equivalentes. Malraux ha vivido unas y otras, ha pensado la acción y realizado las tentativas del espíritu. La realidad es perspectiva, interpretación, y por lo tanto ambigua, maleable, mitad real, mitad imaginaria. ¿Qué memorias, en nombre de la fidelidad que reivindica constantemente, darían testimonio de esta mezcla de relatividad y de evidencia, de lo contingente y de lo posible? Sólo una autobiografía donde la verdad se coloreara de ficción y se tilera de todos los matices de la imaginación en pugna con el hecho y plegándose a sus puntos de vista podría ser lo bastante arbitraria para recrear una especie de verdad marginal y pereable. Realidad reflejada que bajo la vía de lo aparente deja traslucir los confusos e inquietos

o compases oscuros, vagas siluetas furtivas, realizan su destino, lo sufren o lo infligen a los otros. Pero más allá de ellos mismos, en este "poema de la predestinación", los acontecimientos son los que actúan y dirigen.

Malraux no duda en la descripción de sus interlocutores. Los pinta a través de las mesetas de su pensamiento. A veces, un detalle se destaca "en primer plano" del relato o del coloquio, subrayado por un trazo brillante y breve. Surgen así, repentinamente, la máscara severa, gravida de silencio, encerrada en su profundidad, en su distancia interior, de De Gaulle; el gesto frolepito y acariciador de Nehru; las "cejas puntiagudas de gato estudioso" de Chou En-lai; solando "con una extraña atención sin objeto", Mao de pie, rígido, como un emperador de bronce, saliendo de alguna tumba imperial. En las grutas bódicas de Longmen Malraux observa que "las figuras divinas pierden su alma sobre una multitud indiferente". Sucede lo mismo con los individuos de la gran especie que él trata. En el paréntesis de su vida pública, frente a frente, cuando se encierran con él, es donde la significación de sus actos, la idea íntima que los mueve y su resorte oculto, pueden mejorarse, sin duda, aunque con reticencia, dejarse adivinar.

Estos puntos de vista, estos análisis agudos de situaciones políticas, consideradas desde el ángulo más vasto, estas síntesis relampagueantes, abren enormes perspectivas sobre el presente y el porvenir. El paso de los milenios reúne, en síntesis soñadora, las perspectivas de la universal metamorfosis de las mitas de civilizaciones desaparecidas, en formas vacías de su contenido primitivo y siempre vigente. La forma sobrevive al mito que la engendró. De estos "realismos de otros mundos", Malraux persigue la indagación inspirada, a través del tiempo y del espacio, de la implacable unidad solar de Egipto a las tinieblas pobladas de sinuosos mardrapéicos de la India, de la aridez abstracta del desierto de Sabá, donde buscó las huellas de los dominios de la reina Balais, a la lujuriosa población de los dioses y las curules de las grutas neolíticas, a las tumbas vacías, a los templos abandonados de la China.

El libro está hecho de la mezcla alternada de esas abruptas sucesiones, de esos zigzag boncos que, sin transición, hacen chocar los recuerdos, los instantes unos con otros, hasta el punto de constituir elipses y vueltas de la memoria. Se salta con ello al "encuentro del autor con las ideas que van a invadir y conducir su vida". Ante las ocupaciones fúnebres de potencias que fueron divinas y no duran más que por el misterio que acualmente resplandece con materia sacra, al contacto de los que defentan hoy un poder humano y lo ejercen por un hecho accidental, en la noche ornada de ruinas a él, el despacho de un ministro, Malraux está al acecho de "las voces del silencio". Las "Antimemoires" son la guía, los apuntes de sus flirteos que, de una a otra estación, lo hacen recorrer en todos sentidos ese "Museo Imaginario" que él inventa y puebla de todo lo que la cultura universal salva de la degradación, conservándolo para immortalarlo en su eterna revidencia.

Al borde de la nada, donde las formas se funden sucesivamente, no media ni suena sobre un cráneo como Hamlet viajero, diplomático encargado de misión, que sin cesar cambia sus certidumbres y sus dudas por "Memoria de lo Abolido", menos preocupado por la cuestión del Ser que por la del Devenir. Se interroga sobre el pensamiento que ha poblado este cráneo, sobre la fuerza de las imágenes que ha creado desfilando a sus lados, a la que opone, como conjuro, sus artes e ideales, los dos exorcismos del hombre, armas urticantes pero todopoderosas por la ilusión que de ellas extrae.

El amplio panorama de tempestades y luchas, de secretas clarificaciones y febriles iluminaciones que son las "Antimemoires", las muestras armonizadas en el diálogo intemporal, en el cual se enfrentan Oriente y Occidente. Malraux, defensor de un humanismo metafísico, hace coincidir en sí mismo, como eco de sus recuerdos, las tentaciones, los sueños inmemoriales.

París, Marzo de 1968

Sobre las "Antimemoires" de André Malraux [artículo] Pierre Volboudt.

Libros y documentos

AUTORÍA

Volboudt, Pierre

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sobre las "Antimemoires" de André Malraux [artículo] Pierre Volboudt. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile